

haitiana al afirmar que «Haití no está pensando en invadir la República Dominicana, ni en ninguna semejante exagerada idea»⁷⁷.

Tanto los aliados de Santana como los funcionarios españoles en el país se dedicaron a crear nuevas narrativas. En 1860, cuando su presidencia colapsó nuevamente, las peticiones de Santana adoptaron un tono urgente y desesperado. Insistía en que Haití era «un opresor que hizo su tarea de destruir [Santo Domingo]»⁷⁸. El nuevo cónsul español, Mariano Álvarez, se reveló un aliado infatigable que colaboró estrechamente con Santana y su vicepresidente, Antonio Abad Alfau. Mientras el hermano de Alfau, también un general de alto rango, viajaba a Madrid para cabildear armas y apoyo material, el grupo de anexionistas centró su atención en el gobernador cubano, intensificando una campaña por correspondencia que duró todo el año. En una reunión secreta con las autoridades cubanas, Alfau insinuó que Santana consideraba declarar la anexión unilateralmente⁷⁹. Mientras tanto, el cónsul español Álvarez produjo un informe masivo en el cual, al igual que otros funcionarios españoles en Cuba y Madrid, enfatizaba la anexión como un medio para prevenir la agresión estadounidense, alegato casi totalmente ausente de las peticiones de la élite dominicana. Sin embargo, el cónsul aceptaba fácilmente el paradigma general de la guerra racial. Su informe describía la supuesta blancura de los dominicanos —que según especificó eran «ocho décimas» blancos y «todos católicos», excepto por «una miserable iglesia metodista para los negros americanos»— junto con el valor estratégico del territorio

⁷⁷ Pablo de Urrutia al Gob. Cap. Gen. de Cuba, Port-au-Prince, 10 de julio de 1860, AGI: Cuba 2266, Pieza 1.

⁷⁸ Pedro Santana a la Reina, SD, 18 de marzo de 1861, AGN-RD: Anexión DE/000933, Expdte. 14, p. 62.

⁷⁹ Ministro de Guerra y Ultramar al Ministerio de Marina, 24 de agosto de 1860, transmitiendo el informe del 10 de julio del Comandante General de Aposterdo de La Habana, AHN: Ultramar 3526, Expdte. 1, pp. 9-10.

en sí⁸⁰. Afirmaba, además, que «dos razas distintas pero enemigas de la dominicana ambicionan la posesión de esta preciosa Antilla»⁸¹.

Para desarrollar el tema de la supuesta fidelidad dominicana hacia España era necesario una extensa reescritura de la historia dominicana. Con este fin, Álvarez y Alfau discutieron la historia del país y juntos reescribieron los cuarenta años anteriores, alegando que el pueblo dominicano siempre había sido fiel y recordaba el «afecto paternal» de España con cariño. Ambos insistían en que el singular proceso de independencia del país demostraba la fidelidad dominicana a España. De acuerdo con Álvarez y Alfau, la «Independencia efímera» de 1821, en la cual una junta en la capital simplemente declaró a Santo Domingo como parte de la Gran Colombia pocos meses antes de la unificación de 1822-44 con Haití, representaba la obra de unos cuantos «traidores ambiciosos». Dirigiéndose al gobernador cubano, Álvarez dijo que a diferencia de otras jóvenes repúblicas que habían roto violentamente con España, la República Dominicana, «al contrario, había sido el modelo de fidelidad y de amor a la afligida metrópoli»⁸². Si les era posible descartar la Independencia Efímera de 1821 (que solo había durado dos meses) como una simple traición o casualidad, difícilmente podían explicar el éxito de la Unificación con Haití, que había durado pacíficamente unos veintidós años. Es decir, como no había espacio para el período de la Unificación dentro de la historia construida para

⁸⁰ Mariano Álvarez, «Memoria: Santo Domingo o la República Dominicana», 20 de abril de 1860, AHN: Ultramar 2775 Expdte. 16. Incidentalmente ese año, la propaganda (*boosterism*) estadounidense expresó estas mismas ideas; un estadounidense insistió en que los dominicanos eran «españoles, criollos españoles y algunos africanos y personas de color», (W. S. Courtney, *The Gold Fields of Santo Domingo* (New York: A. P. Norton, 1860), 132 [énfasis en el original]).

⁸¹ Martínez-Fernández, *Torn between Empires*, 211; Álvarez al Ministro de Guerra y Ultramar, 24 de agosto de 1860, AHN: Ultramar 3526, Expdte. 1.

⁸² Mariano Álvarez al Ministro de Guerra y Ultramar y Cap. General de Cuba, 24 de agosto de 1860, AHN: Ultramar 3526, Expdte. 1. Admitió que ese mismo día había sido presionado por el vicepresidente Alfau, quien había «manifestado explícitamente» esa versión de los hechos.

justificar la anexión, Álvarez y Alfau simplemente lo ignoraron por completo. El cónsul español se adelantó con un relato enteramente fantasioso sobre la Separación, alegando que los dominicanos esperaban que fuera «el abramiento... para volver al dominio español que tanto han querido»⁸³. Afirmó que, cuarenta años después de la independencia, muchos expresaban «un deseo constante de estrechar las relaciones» con España⁸⁴. Alfau agregó un toque de elitismo a estas afirmaciones, elogiando a «la parte más notable y numerosa de la población» por su amor a España⁸⁵. Álvarez continuó escribiendo cartas al gobernador y reuniéndose con funcionarios cubanos hasta fines de 1860 y comienzos de 1861, aprovechando las breves visitas de los barcos cubanos⁸⁶.

Para cimentar el apoyo a la anexión, el gobernador Serrano encargó otro informe a un oficial de alto rango en La Habana, el cual presentó un relato hiperbólico, con abundantes comentarios racistas, sobre la españolidad dominicana⁸⁷. El brigadier Antonio Peláez y Campomanes comenzó su relato con (lo que él consideraba) un elogio, informando que existían dominicanos que «suspiran por volver a incorporarse a la Madre Patria, cuyo idioma, religión, usos y costumbres conservaban, y conservan aun sus hijos con pureza»⁸⁸. Sin embargo, a pesar de que Peláez trataba de enfatizar lo que él percibía como aspectos loables de la sociedad dominicana (es decir, su lealtad, el ser

⁸³ Mariano Álvarez, «Memoria: Santo Domingo o la República Dominicana», 20 de abril de 1860, AHN: Ultramar 2275, Expdte. 16 y 3526, Expdte. 2.

⁸⁴ Mariano Álvarez al Cap. Gen. de Cuba, 20 y 21 de julio de 1860, AGI: Cuba 2266, Pieza 1.

⁸⁵ Ministro de Guerra y Ultramar al Ministerio de Marina, 24 de agosto de 1860, transmitiendo el informe del 10 de julio del Comandante General de Aposterdo de La Habana, AHN: Ultramar 3526, Expdte. 1, pp. 9-10.

⁸⁶ Febres-Cordero Carrillo, «La anexión», 191.

⁸⁷ Memoria de Antonio Peláez y Campomanes al Gob. Serrano, La Habana, 8 de noviembre de 1860, AHN: Ultramar 3526, Expdte. 2, doc. 2 (en adelante citada como Memoria de Antonio Peláez y Campomanes).

⁸⁸ Memoria de Antonio Peláez y Campomanes.

blancos y su antihaitianismo), no pudo contener su veneno explícito en contra de los negros. Su informe perpetuaba la narrativa tradicional sobre la separación del territorio de 1821, pero Peláez embelleció su versión para hacer de José Núñez de Cáceres —el principal autor de la Independencia Efímera— no solo un ambicioso traidor sino un «miserable negro». Le aseguró al gobernador Serrano que la población dominicana era «mitad blanca» e insistió en que contaban con un carácter «noble y hospitalario, muy amantes de su país y orgullosos de su origen Español». Según Peláez, el error de Segovia al permitir que algunos dominicanos se matricularan como ciudadanos españoles en 1856 no había sido la medida en sí, sino que había permitido que dominicanos negros se registraran con la ciudadanía española.

El brigadier Peláez, veterano con años de servicio en Cuba, se entregó con facilidad a los tropos y fantasías de la sumisión negra. La idea de la lealtad dominicana le hacía el juego a las fantasías de lealtad de la élite de Cuba y Puerto Rico, la idea de que los vínculos afectivos del «españolismo» pudieran anular y sublimar las profundas desigualdades sociales. Aunque los dominicanos eran en su gran mayoría personas libres de color, el oficial enfatizó prestamente que estos dominicanos compartían una afinidad profunda y visceral con España: «he oído a algunos ancianos deplorar, casi con lagrimas, la felicidad y tranquilo bien estar que disfrutaban en tiempo de España»⁸⁹. Para fortalecer su argumento, se inventó a un servil y «pobre, hombre negro», que cuidadosamente había salvado un escudo de armas español durante todos los años del Gobierno haitiano. Peláez fantaseaba con negros «valientes, dóciles y sumisos» que «reconocen en los blancos mas capacidad y saber para el mando y solo aspiran a que no se les deprima». Y añadió que a pesar de los veintidós años de unificación con Haití, «los pardos y morenos de Santo Domingo conservan el idioma, usos y costumbres de sus antiguos amos», como si los negros dominicanos hubiesen

⁸⁹ Memoria de Antonio Peláez y Campomanes.

llegado recientemente de África⁹⁰. Insistió, además, en un «odio» común hacia Haití⁹¹. Por su parte, el gobernador Serrano, complacido con el informe del brigadier, encargó a Peláez de dirigir las fuerzas que entrarían en el territorio recién recolonizado⁹².

Solo faltaba una última figura por reinventar: el propio Santana. El mismo jefe de Estado que antes había representado «una farsa demasiado horrible para llamarla ridícula» y que, según el ex-cónsul español, estaba rodeado de «negros Seybanos, medio desnudos», se convirtió en un colaborador capaz⁹³. El cónsul Álvarez lo calificó de compañero flexible que escuchaba los consejos de los españoles y comentó con satisfacción que Santana era un «campesino astuto y sagazo»⁹⁴. Álvarez concluyó afirmando que Santana representaba la garantía de seguridad para el país en una situación crítica y otras autoridades estuvieron de acuerdo con el Cónsul⁹⁵. Un informe, hecho posteriormente en Madrid, resumía los argumentos de Santana, calificando el riesgo de la incursión haitiana y estadounidense de «cada día más grave». Los funcionarios en Madrid —que no ignoraban las afirmaciones de Santana sobre su heroísmo militar y aprobaban su discurso sobre la «amenaza constante» de Haití—dejaron en claro sus prioridades de seguridad. Para ellos, el «enemigo más formidable» que «aparezca amigo desarmado» era los Estados Unidos y juzgaron que: «el éxito de [Estados

⁹⁰ De hecho, debido a la situación relativamente pobre en capital y azúcar de Santo Domingo, sus plantaciones dependían de esclavos nacidos en la isla mucho más que las su rentable vecino.

⁹¹ Memoria of Antonio Peláez y Campomanes.

⁹² Febres-Cordero Carrillo, «La anexión», 200.

⁹³ Eduardo San Justo al Cap. General de Cuba, SD, 7 de marzo de 1855, AGI: Cuba 984C.

⁹⁴ Mariano Álvarez al Cap. General de Cuba, 9 de agosto de 1860, AGI: Cuba 2266, Pieza 1.

⁹⁵ Mariano Álvarez al Ministro de Guerra y Ultramar y al Cap. General de Cuba, 24 de agosto de 1860, AHN: Ultramar 3526, Expdte. 1.